



# **COFRADIA DEL PERDON**

## **Pregón de las Bodas de Oro**

**(1935 - 1985)**

COFRADIA DEL PERDON

Pregón de las Bodas de Oro

(1935 - 1985)

# PRESENTACION DEL PREGONERO DE LAS BODAS DE ORO

de la Cofradía del Stmo. Cristo del Perdón y María Stma. del Rosario en sus  
Misterios Dolorosos

PEDRO MIGUEL LAMET, SJ.

*por Francisco Camota Acera*

1985

Quiero empezar estas muy breves palabras, agradeciéndoles muy sinceramente a mis compañeros de Junta, el honor y la alegría que me regalan, al poder dirigirme a ustedes, en este día tan hermoso, para todos los que nos honramos con el título de hermanos de la Cofradía del Perdón.

Hoy precisamente se cumplen 50 años, en que gracias al esfuerzo de unos cuantos hombres católicos, el Obispo de Cádiz-Ceuta y Patriarca de las Indias, Excmo., y Rvdo. Sr. D. José Pérez Rodríguez, firmaba el decreto erigiendo la Cofradía en la Parroquia de la Merced.

Han pasado muchos años y en la memoria de algunos de los presentes, está el recuerdo de los que nos antecedieron en la difícil, aunque no lo crean, misión de mostrarles al pueblo gaditano de Dios, uno de los pasajes de su Pasión, en esa advocación tan bella pero tan poco practicada por los hombres, como es él «PERDON».

Cúmpleme en este maravilloso día, otra gratísima tarea, la de presentar a ustedes, a quien no precisa de este casi obligado preámbulo que antecede a todo Pregón.

No sería sincero si os dijera que no me agrada, antes al contrario, porque muchas veces, se ve uno obligado a rebuscarse los elogios y no hay nada más enervante y desolador, que inventarse méritos frente a un señor que, o se lo creé o carece de ellos.

En esta mañana, no tiene esa dificultad el presentador, pues sí siempre es grato ensalzar a la persona que tantas ocasiones ofrece para hacerlo como ocurre con nuestro Pregonero de hoy, mucho más, cuando existen vínculos de una sincera amistad.

Pedro Miguel Lamet Moreno, nace en Cádiz, trasladándose en edad muy temprana a Madrid, donde cursa el bachillerato en el Colegio Maravillas.

En 1.958, ingresa en la Compañía de Jesús, realizando brillantes carreras de Letras. Filosofía, Teología, Cinematografía y Periodismo, con sus correspondientes licenciaturas.

Nunca mejor dicha la frase «de tal palo, tal astilla» que encaja perfectamente en la personalidad de Nuestro Pregonero, pues supo captar desde su niñez, la capacidad emprendedora y trabajadora hasta el agotamiento, de su querido padre, ese admirado y gran señor gaditano, que se llamaba D. Pedro Lamet Orozco.

Desde muy joven, empieza su colaboración en varias revistas y periódicos, destacando en su labor, en el desaparecido diario «PUEBLO», donde trabaja de lleno en información eclesial, siendo enviado especial al Sínodo de 1977 e igualmente cubre en 1979, la información de la muerte de dos Papas, el cónclave y primeros viajes de Juan Pablo II, que recoge en el libro «**Del Papa Montini al Papa Wojtyła**», los 75 días que estremecieron a la Iglesia.

Igualmente en medios radiofónicos, ha realizado una importante labor, principalmente en la Cadena COPE, a nivel nacional.

En la actualidad, desempeña brillantemente la dirección del semanario «Vida Nueva» para la que fue nombrado en 1981.

En 1965, publica su primer libro de poesía **«El alegre cansancio»**, obteniendo un amplio reconocimiento de la crítica. Nuestro llorado y nunca olvidado D. José María Pemán, dice que «es un libro intenso, escrito todo él con ojos asombrados de exploración y hallazgo, con una forma toda de cristal sincero».

Su gran creatividad poética, se sucede en libros como **«El templo de la sorpresa»**, **«Del mar y el peregrino»**, **«Los cuadernos del nómada»**, **«Volver a andar la calle»**, **«El verbo se hizo imagen»**.

Podría seguir hablando de la brillante obra, tanto ensayista, biográfica y poética de mi admirado Pedro Miguel, pero no voy a relatar todos sus méritos, pues ha conseguido hace ya tiempo, el difícil equilibrio de conservar la sencillez, dentro de la esfera de elogios que le ha tocado vivir, que ya es raro. Las alabanzas no le han afectado, pues sigue siendo equilibrado y sensato.

Ser poeta, es un don especialísimo del cual se abusa con inusitado descaro, no todo el que hace versos, es poeta. El que «hace versos» rimar palabra, es versificador, algo todavía muy lejos del verdadero poeta y la verdad es que a nuestro Pregonero, Dios, entre otras muchas virtudes, le concedió el mérito de ser poeta en toda su integridad.

No quisiera terminar estas pobres palabras, sin destacar el extraordinario Pregón que con motivo de la Semana Santa Gaditana de 1982, nos cantó este poeta de Cristo, como le definió en su presentación Pilar Paz «CADIZ AL SOL DE SU PASCUA.»

Pregón que como decía el mismo Pedro Miguel, está escrito desde la nostalgia de vivir físicamente lejos, porque con el alma nunca se ha separado de este ensueño de luz y gracia, que es nuestra incomparable ciudad de Cádiz.

Admirado Pedro Miguel, en esta querida Parroquia de nuestro Cádiz, viejo en el saber pero joven en el sentir, esperamos ansiosos tus palabras, no tanto para escuchar, sino para compartir contigo los sentimientos y el regalo de tu Pregón, que auguro magnífico, en la seguridad que tu canto a nuestros Amantísimos Titulares, será recordado por su profunda belleza y formará parte del historial aún joven, de esta mi entrañable Cofradía

**TESTIGOS DE LA LUZ EN LA MADRUGADA GADITANA**

**Pregón  
de las  
Bodas de Oro  
(1935-1985)**

*de la Venerable Cofradía de  
Penitencia del Stmo. Cristo del  
Perdón y María Stma. del Rosario en  
sus Misterios Dolorosos.*

**Pedro Miguel LAMET, SJ**

Fue una extraña sensación, fue una vivencia insólita, que narraba en la carta que os envié anunciando mi venida. Estaba yo en mi estudio trabajando, inmerso entré mis papeles, cuando percibí un ruido muy peculiar en el cristal de mi ventana. Me asomé y me pareció ver una gaviota. ¿Una gaviota en Madrid? me pregunté enseguida, echando una ojeada al bosque de cemento y contaminación de la gran ciudad. No es posible. No sé si sería una alucinación, pero en realidad aquel pájaro evocaba el planear inconfundible de esas palmípedas de plumaje blanco y ceniciento que hacen su vida ahí mismo, en los amplios horizontes del Campo del Sur y que se alimentan de peces, del rutilante sol y de la acariciadora brisa de la costa gaditana. Como un sueño instantáneo, llegó hasta mí el olor a yodo, la música del oleaje, el balanceo de los barquitos de pesca y el canto misterioso, inacabable, con que, como una lengua infinita, el mar va lamiendo el perfil de Cádiz con un amor de siglos.

Ignoro si aquella experiencia, tan grata para cualquier marino condenado a vivir tierra adentro, fuera una alucinación. Lo cierto es que pocos días después, como la visita de una alegre gaviota, me llegó vuestra invitación a cantar otro aspecto de nuestra Semana Santa. Hace tres años tuve el honor y la alegría de ser el pregonero oficial de este magno acontecimiento anual. Para mí, gaditano en el exilio, fue como beber en público, en compañía de mis paisanos, un trago de vida desde la raíz, un vaso de fino Cádiz hecho muerte y resurrección en el lagar de la Pascua de Jesús.

Este año vuelvo a vosotros para cantar el cincuentenario de esta entrañable cofradía que es la del Santísimo Cristo de! Perdón y María Santísima del Rosario en sus Misteriosos Dolorosos. Si cabe, esta ocasión es para mí más íntima, más familiar quizás, porque aquí nos hemos agrupado como en torno a la mesa camilla de nuestra casa, los que queremos juntos penetrar de alguna manera en el fondo del corazón humano desde un Cristo con los brazos perennemente abiertos a la reconciliación. ¿Acaso no es providencial poder cantar precisamente al Perdón en estos momentos críticos que vive nuestro dividido y angustiado mundo?.

Para ello me vais a permitir que, como un gaditano más, callejeando a luz de su fe y desde los ojos asombrados del amor cristiano, descubra con vosotros qué ha sido, qué es, qué debe ser esta cofradía en el concierto de cirios y capirotos, que se hunden en la húmeda noche gaditana como queriendo emular al día en su salada claridad e introducir el misterioso goce de la pascua entre las tinieblas de nuestras calles y nuestras vidas.

Para ello, me vais a permitir que, en vez de hablar yo, que poco puedo añadir a la maravillosa realidad, deje hablar a las cosas. Porque los hombres de hoy, encandilados con la televisión, el vídeo y la publicidad, hemos dejado de ver y oír, o mejor, mirar y escuchar el mensaje secreto de las cosas y sobre todo, la verdad escondida de nuestros propios hermanos los hombres.

Porque -no lo olvidemos- una cofradía es sobre todo un puñado de seres humanos, nunca un espectáculo más entre los que se nos brindan cada día en la vida. Lo que vale son los hombres, los hombres que con su historia y su verdad a cuestas, van llevando sin miedo y con alegría la cruz de su propia pasión y gloria por los caminos de la vida. Así que me permitiréis asomarme a vuestra procesión, para que desde dentro y fuera al mismo tiempo, deje hablar a sus símbolos, a su gente, y, sobre todo, a sus grandiosos protagonistas.

## A LA LUZ PARPADEANTE DE UN CIRIO

¿Habéis mirado alguna vez con atención la llama de un cirio? A través de sus resplandores irisados pueden descubrirse todos los colores y hacer nacer en la imaginación las más fantásticas escenas. Imaginaos que en esa hora bruja, llena de fantasmagóricos presagios y a la vez invadida por el largo misterio del amor: a las tres de la mañana, cuando sale la cofradía del Cristo del Perdón, en vez de mirar el hermoso marco de la plaza y volcaros en adivinar, las novedades que aporta este año la cofradía, como hacen algunos «capillitas», os concentráis en la llama de un cirio, cualquier cirio sostenido por la mano de un hermano anónimo de la cofradía. Y desde el parpadeo de su llama surge como por encanto de magia un mundo muy distinto al actual, un Cádiz con menos gente, menos bulla, menos discotecas, menos electrodomésticos; también quizás con más pobreza, sin Zona Franca, sin la Barriada de la Paz, con menos centros universitarios. Transcurre 1935 un año turbulento, en plena República, en el que se vive ya de forma dramática lo que va a ser una triste constante de la historia de nuestro país, la división entre españoles. En un barrio popular de Cádiz está enclavada la iglesia de la Merced, que tiene convento femenino de dicha orden y colegio de niñas. Si entráis de puntillas, para no hacer ruido; en la penumbra de dicho templo, observaréis de nuevo el parpadeo de un cirio, que no ha cambiado, que en realidad es el mismo cirio que ilumina la Semana Santa de Cádiz en el devenir de los siglos, porque es ardiente y se consume dando luz como su alma enamorada. Al resplandor de ese cirio, adivinaréis enseguida una bellísima escultura de Jesús crucificado, de extraordinario valor artístico y autor desconocido. Es un regalo a la iglesia de la familia Sopranis que tiene allí mismo cripta de enterramiento. La imagen, como tantas en Cádiz, goza de la devoción de los fieles y atrae a un grupo de creyentes que deciden fundar una cofradía de penitencia bajo la advocación del Santísimo Cristo del Perdón. El día 9 de marzo de 1935, el por entonces obispo de Cádiz-Ceuta y Patriarca de las Indias, don José Pérez Rodríguez, firma un decreto erigiendo canónicamente la cofradía en la iglesia de la Merced. El día 21 de marzo del mismo año se constituye y toma posesión la primera junta de la cofradía, compuesta por un grupo de primeros hermanos; cuyos nombres constan en los anales, para admiración de todos, de esta vuestra cofradía.

Pero fuera de aquel recinto de paz de la Merced, las cosas se ponen feas. Manuel Azaña ha subido al podium de alta magistratura de la nación para proclamar solemnemente: «España ha dejado de ser católica». Los trabajadores consideran a la Iglesia aliada a la derecha política y a la aristocracia y ven alimentado su odio, a flor de piel de su pobreza por el combustible de las ideologías. Un auténtico polvorín va a estallar de un momento a otro bajo los pies de los pacíficos ciudadanos. En Cádiz los bandos políticos contrarios consideran un reto desafiante la decisión de estos cristianos que se atreven en tal coyuntura a fundar una cofradía. La iglesia de la Merced ha sido elevada a parroquia. La opinión pública está cada vez más dividida y la convivencia ciudadana se ha vuelto muy difícil.

Con el año de 1936 estalla el triunfo del frente popular y el drama de todos conocido que originaría una guerra entre hermanos. La imagen del Cristo del Perdón ha sido subida al coro de la parroquia para proceder a una restauración y limpieza. Sigilosamente la junta de gobierno de la Cofradía propone al señor cura sacar la imagen de noche en automóvil para ocultarla en un domicilio particular. El sacerdote se opone a ello por, considerar que no corre peligro al ser aquella iglesia parroquia con adosado colegio de niñas.

Pocos días después de aquel triste mes de mayo, se celebra en la plaza de toros un mitin en domingo. Las masas enardecidas, acuden al salir de la plaza, a la iglesia de la Merced y le prenden fuego. Iglesia, convento y colegio son reducidos a cenizas. Todo es un ascua en medio del griterío de un Cádiz asustado. Si en aquellos momentos hubierais podido entrar en las naves de aquel templo ardiendo, habríais encontrado la imagen de un hombre alto y agonizante que inmóvil y con los brazos abiertos, como queriendo abrazar al mundo, permanecía de pie mientras se consumía como una antorcha. ¿Que cuál es su nombre? Jesús de Nazaret ¿Que por qué moría otra vez así? por la injusticia y la dureza del corazón de los hombres. ¿Que por qué estaba ardiendo? Para convertirse en un encendido cirio de la eterna Semana Santa gaditana. Para demostrar que la salvación liberadora de su muerte oculta siempre la luz de la resurrección, esa luz que muestra el camino de los reconciliados frente al del odio y el enfrentamiento, el perdón que sigue iluminando, por entre las sombras de la madrugada del Jueves Santo, para esclarecer que un cristiano nunca puede empuñar las armas de la violencia -una violencia que igual puede venir de una ametralladora o de capital injusto-, porque es literalmente, imposible llevar un arma cuando se camina por el mundo como Jesús, siempre con los brazos abiertos, ocupados en la hermosa misión de ir abrazando a los demás. Si en aquellos dramáticos momentos hubierais podido entrar hasta el Cristo del Perdón ardiendo con el fuego del odio entre hermanos, quizás hubierais podido escucharle, como un susurro, esta impresionante confesión:

*Siempre vinisteis a verme  
por contemplar vuestra pena  
caminando por las calles;  
Pues el dolor se libera*

*cuando es otro el que en sí sufre,  
el que en desfile se lleva  
las cruces que no queremos.  
la angustia que nos aterra.*

*Yo soy el Cristo espectáculo  
que los humanos desechan  
cuando me aparezco vivo  
encarnándome en la Tierra.*

*Preferís que sea de palo,  
no de sangre y de pobreza;  
porque es más fácil callarme  
mientras me lleváis en andas  
o me adornáis con saetas.*

*Pero cuando muero ahora  
en un hogar sin salario  
o a tiros en la trinchera*

*todos se esfuman corriendo,  
todos huyen a la fiesta  
como en aquél Jueves Santo  
entre las sombras espesas.*

*No os extrañéis si ahora ardo  
en el centro de mi Iglesia,  
para recordar al mundo  
cuanto grité en las aldeas*

*y prediqué en las montañas.  
Que yo soy la luz y quemo  
cuando alguien sigue mi huella,  
y que me vuelvo a morir,*

*si los hermanos se enfrentan.  
Es fácil con vuestros juicios  
Decir: «son malos aquellos,  
y estos los buenos». Me afrentan*

*porque también yo os hablé  
de no juzgar, que la hierba  
brote junto a la cizaña,  
hasta el día de la siega.*

*Gaditanos: vedme así,  
convertido en una tea.  
Soy un cirio vagabundo  
que ilumina las callejas*

*de un eterno Jueves Santo.  
Soy testimonio que acusa  
a cuantos matan con fuego  
o acribillan con su lengua.*

*No os dividáis otra vez  
No volváis a hacer la guerra.  
Prendeos el corazón  
de esta antorcha macilenta.*

*y con los brazos en cruz  
abrid el alma a la siembra  
de un mundo reconciliado,  
de una paz buscada y cierta.*

*Miradme: Soy el Perdón;  
que al perdonaros se enciendan  
Cádiz con el orbe entero  
en este amor que me quema.*

Y así, queridos gaditanos, ya nunca os será indiferente contemplar la llama de un cirio que se vaya consumiendo en la fila de penitentes que acompañan al Cristo del Perdón por las calles gaditanas. Porque es un símbolo querido desde hace muchos siglos por la Iglesia para evocar tantas cosas y porque os ha hecho recordar esta mañana nuestra propia historia, atravesada por la vida y la muerte.

## LOS OJOS DE UN CARGADOR

Demos un paso más en este modo nuevo de ir contemplando el serpear de la procesión que llena ya del murmullo de las horquillas la plaza de Fray Félix, perfumada de cera y flores y bronceada por el sonido limpio de las cornetas y tambores. Os invito ahora a que oteéis bajo las faldas del paso ese rítmico andar de alpargata y varonil esfuerzo de los cargadores. Y, cuando menos lo esperéis, mirad un rostro que se asoma en un reposo de las andas. El cargador, ese protagonista

anónimo de la Semana Santa gaditana, es como el pálpito escondido de esta celebración, porque su figura encarna nada más y nada menos que al sufrido pueblo, esa gente menuda y por lo mismo grande, con la que se identificó Jesús.

Yo os sugiero que contempléis a gusto ese rostro «renegrío» de brisa y de sol. Os lo habéis tropezado muchas veces en los barrios de la Viña o Santa María, en la plaza del Tío de la Tiza, en el Campo del Sur, o acarreando bultos en el muelle. Tiene los ojos llenos de mar, las manos encallecidas, y un cierto aliento a valdepeñas de barril, que le hace llevar su crucifixión cotidiana de obrero o de parado, un poco más ligera. El cargador, puntal de la Semana Santa y cimiento de la toda vida gaditana.

Pues bien, dejémosle a él que nos cuente el segundo acto de la historia de la Cofradía del Perdón, cuyos cincuenta años estamos celebrando. Sus ojos, hechos a la brega marinera, a contemplado paso por paso la pequeña o gran Historia de cada imagen, cada farol, cada varal, cada cruz de guía, como sí el cargador, personalmente, no muriera a través de los siglos, precisamente porque desde su anonimato personifica al pueblo, nada más y nada menos, sin nombre ni apellidos.

El podría contarnos que la cofradía del Perdón siguió existiendo sin iglesia ni imagen. Cómo sus hermanos se agrupaban ante una foto que conservaba uno de ellos y en el secreto celebraban sus cultos durante la guerra civil. Aunque a la mayoría él los ha visto en el frente sufriendo la pasión de un pueblo, el mismo pueblo de España, dividido en trincheras y azotado por la sangre y el miedo. ¡Cuántas veces sacarían de su cartera aquellos hermanos soldados la foto de su Cristo hecho cenizas para preguntarse una y otra vez: «¿Por qué, Dios mío, por qué?»

Pero Jesucristo siempre resucita y también su imagen volvió a renacer de las manos inspiradas de un imaginero gaditano, Miguel Laínez Capote. La cofradía entonces tiene un alma, el cura párroco Don Buenaventura García González, que hizo posible que las cenizas cobraran vida y precisamente en esta entrañable parroquia de Santa Cruz. Hubo fiesta, bendición y panegírico del canónigo Pedro Jesús Bravo, con anuncio de otra próxima bendición: el citado escultor había tallado también dulce e inspiradora compañía para el Cristo en la imagen de Santa María del Rosario en sus Misterios Dolorosos.

Y a partir de ese momento -recuerdan bien los ojos emocionados de nuestro testigo cargador-, se toma la arriesgada decisión de sacar el cortejo procesional a las tres de la madrugada. Lo que entonces pareció una locura es hoy el prodigio de una hora donde los sueños del hombre se dan cita con sus miedos subconscientes, donde el desvalimiento es más profundo y la esperanza del amanecer radiante más viva. Pero el cargador anónimo nos dice más: Ha sido tan pobre siempre el Perdón que aquella vez para poder salir tuvo el privilegio de ir de prestado, casi desnuda como su Cristo. El Santo Entierro y la Humildad y Paciencia le prestaron sus pasos y el material, y Nuestra Señora de la Merced la ropa de la Virgen, que desfiló sin palio.

No os voy a cansar con nombres de padrinos, gobernadores y marqueses que protegieron más tarde a la cofradía, así como de algunos avatares de su imagen. Pero nuestro testigo, el cargador, nos recuerda un hecho emotivo: Cómo en 1949, y una vez, reconstruida la iglesia de la Merced, se intenta que la cofradía vuelva a aquella parroquia. Pero el pueblo de Santa Cruz ya le ha cogido cariño y en un piadoso motín, consigue por votación popular del barrio, que don Tomás Gutiérrez, a la sazón obispo de Cádiz ceda a favor de esta parroquia y la erija canónicamente el 29 de mayo de 1949.

Queda pues el Perdón en Santa Cruz y con él un amor que va a protagonizar una gesta única. Nos encontramos ya en años bien recordados por la inmensa mayoría de todos vosotros. Fue en el año de 1963 cuando la cofradía atraviesa la mayor crisis de su historia, ¿Recordáis? Este templo estaba en obras, con el noble fin de adecentarlo y embellecerlo. Las imágenes son guardadas, y los fondos de la cofradía, una hermandad que como he dicho siempre fue pobre, particularmente diezmados. Con todo el dolor del alma los hermanos deciden finalmente que ese año no se puede sacar la procesión. Pero, ¡ay amigos!, mientras están los hermanos reunidos para tomar esta decisión, se escuchan unos golpes en la puerta. ¿Quién podrá ser? Bajo el umbral de la puerta se dibuja la silueta de un hombre anónimo. Porque aquel es un obrero, un trabajador, y los trabajadores nunca han tenido nombre, ni figuran con sus apellidos en las historias de las cofradías, ni de ninguna parte, como hacen los títulos nobiliarios, los gobernadores civiles o militares que ayudaron con su patronazgo. Sólo tiene un nombre genérico, pero que vale por todos porque, precisamente por más humilde, representa a todos aquellos con los que identificó y se identifica a Jesús, representa a esa gente que no vive la Semana Santa una semana al año, sino las veinticuatro horas de los trescientos sesenta y cinco días, bajo una pesada cruz que tantos no saben apreciar: la cruz del paro, la cruz del hambre, la del sudor, la soledad y la marginación: allí estaba el gran protagonista oculto de la Semana Santa gaditana, el cargador.

«No se preocupen ustedes, que nosotros, aunque no tenemos un duro, aunque nos falta incluso lo necesario para ir tirando, el Cristo del Perdón no se queda dentro. Lo vamos a sacar gratis. Para que la gente de Cádiz se entere de que no nos mueve el interés, y que si alguna vez cobramos es porque lo necesitamos, para comer. Pero a Cristo lo tenemos nosotros tatuado en el corazón, al Cristo del Perdón no lo llevamos sólo sobre los hombros, lo llevamos por todo Cádiz cuando cargamos en el muelle, hacemos una chapuza por ahí o vamos a pescar. Al Cristo del Perdón lo llevamos dentro del alma. Por eso, señores, este año el Cristo del Perdón no se queda en casa. Palabra de cargador».

Y dicen que en aquella ocasión se le oyó decir a Jesús:

*A media luz, con el miedo  
de la honda madrugada  
me nacaron del desván,  
donde solo me esperaba  
recordar mi noche triste  
con soledad en el alma  
y aquella amargura negra,  
cuando con la desbandada,  
todos se fueron marchando.*

*«Al Perdón también le dejan  
-pensé- sin mirar al mar  
en esta Semana Santa».  
Cuando de pronto un murmullo  
sube desde la fachada  
del templo de Santa Cruz.*

*Gentes que aprisa preparan  
túnicas, cirios, faroles,  
y candelabros de plata.*

*Y mi Madre me pregunta  
con lágrimas en la mirada:  
«¿Qué es lo que pasa, hijo mío?  
¿Es que otra vez, se prepara  
la nueva crucifixión?  
¿Es que los hombres se arman  
para llevarte a la cruz?  
¿Qué es ese extraño ruido  
que de nuevo te amenaza?»*

*No, Madre, no llores más.  
No te inquietes asustada.  
Son mis hermanos de siempre  
que me llevan en sus andas.  
¿No notas como ya suenan  
los tambores en la plaza?  
¿No sientes cómo unos hombros  
nos mecen, y cómo suena  
debajo de nuestro paso  
el ritmo de la esperanza?  
Son, Madre, los que no tienen  
lo que a la gente desata:  
ni póliza de seguros,  
ni riqueza; ni finanzas.*

*Son cargadores de Cádiz  
que gratis ahora nos sacan  
para demostrar al mundo  
que el que no tiene más ama.*

*Son ellos mis predilectos,  
gente de la mar y el ancla.*

*¿Recuerdas por Galilea?  
hechas al sol y la brisa  
y al vaivén de marejadas.*

*Son los pobres, mis amigos,  
de esta tierra gaditana  
donde además de pobreza  
y de una pena mascada  
entre, vino y «pescao frito»  
tienen muchísima gracia.*

*Por ellos. Madre, por ellos  
en esta noche sagrada  
con el vaivén de las olas  
con la música que andan.  
Cádiz entero sabrá  
que hay perdón en mi palabra  
porque hay pobres que me quieren,  
obreros que no se callan,  
para proclamar muy fuerte,  
que esta espalda ensangrentada  
es la misma que su espalda,  
y que yo muero y perdono  
para poder liberarla.*

*¡Ay, Madre, son otros Cristos.  
son cargadores de Cádiz!  
¡Nos conducen hacia el alba!*

Cada vez pues que miréis a los ojos a un hombre del pueblo recordaréis mejor, evocando esta vivencia, que son ojos, como dice literalmente el Evangelio, del propio Jesús. Y que no hay que buscarle entre las nubes porque le tenemos muy cerca.

## LA CANCION DEL MAR Y LA MUERTE

Pero demos un paso más. El cortejo procesional ha subido ya al Campo del Sur y con el fresco de la madrugada que asciende, con ungido olor a océano, agita las llamas de los faroles y ahueca las túnicas de los penitentes. Nadie puede negar que es éste uno de los cuadros más bellos de nuestra Semana Santa. La Luna llena del mes de Nisán baña con una estela de reflejos el ondulado mar abierto. A lo lejos el faro cruza La Caleta con su espada de luz y las olas murmuran su vieja canción sin término, batiéndose sobre los bloques de la costa. Amable Campo del Sur, donde Lope de Vega lloraba por su pobre barquilla, la barquilla de su vida «entre peñascos rota» y dónde José María Pemán se encontró una tarde al niño mariscaó: «¡Ay que dolor!, me lo apuntó la otra tarde / un mal guarda en su libreta / y tó por que se bañó / en aguas de La Caleta / desnito como un Dios». ¿Qué Semana Santa en Andalucía y en toda España puede contar con esta simbiosis de calleja empinada, plazuela añosa y sobre todo el horizonte del mar?.

El mar, este es el tercer testigo de la historia de la Hermandad del Perdón, que quiero evocar esta mañana entre vosotros y que, como veréis, los envuelve todos. Sí, porque el Mar es el símbolo más maravilloso de lo absoluto. Todos los poetas, pintores y hasta realizadores cinematográficos se valen del mar como símbolo de esa libertad total, de esa plenitud sin límite que todo hombre ansia para encontrar su centro, para disolverse en la majestad de cósmico, para en definitiva llegar a ver al mismo Dios de donde procedemos.

Pues bien, el mar de Cádiz sabe muchos secretos y nos podría contar mil historias: desde las hipótesis de la Atlántida y Tartesos a los comerciantes fenicios, desde la Gades romana al cuarto viaje de Cristóbal Colón, que zarpó de estas costas; desde los empobrecidos tiempos de Teodosio a la fecha feliz en que Alfonso X el Sabio plantara la cruz precisamente aquí, en esta catedral vieja que por eso lleva el nombre de la Santa Cruz. Sí, el mar conoce muchas viejas historias de Cádiz, como muchos susurros con que se regalan el oído los enamorados al asomarse a esa baranda y de infinitas miradas de tristeza con que no pocos hombres desesperados han paseado su soledad por el consuelo de este inacabable horizonte que devuelve, con un hálito de respiración y un vuelo de gaviota, el descubrimiento de una fe en el amor y la libertad. Sabe muchas historias este sabio mar de Cádiz.

Pero yo me voy a limitar a recordaros sólo una, vivida por esta Cofradía, mientras, absortos contempláis cómo se recorta la cruz de Jesús agonizante sobre el disco de plata de la luna y la lejanía decidora del ilimitado océano Atlántico, que tantos pañuelos de despedida de tras los sueños de los marineros tiene en su haber más allá de sus olas.

Estamos ya en 1979. El Perdón desfila por el Campo de! Sur, sintetizando la cruz y el mar. Entre los hermanos, que se ocultan simbólicamente bajo el capirote, como para indicar que, frente al dolor de Cristo, todos somos iguales y que nos perdemos bajo los colores de una advocación, dejándole a Él todo el protagonismo, hay uno privilegiado desde el fondo de la misma madrugada. Se llama Ramón Devesa Villero, desempeña el cargo de secretario de la cofradía. Todo el mundo le

conoce por su carácter jovial y simpático, por su entusiasmo cofradiero y por su ternura en familia. En una palabra, era un hombre bueno, sin complejos de clase, con un sentimiento de igualdad hacia todos, con ese estilo de apertura de andaluz a carta cabal que no es fácil de encontrar en todas partes. Conserva en su corazón el desgarrar de la última saeta, el batir de cornetas y tambores, el estremecerse de los varales y el grito seco del capataz dirigiendo a los cargadores. Cuando se vuelve, en una parada, a mirar al Perdón agonizante, se le sube hasta la boca la vivencia de la Semana Santa, que no es otra que constatación de nuestro propio misterio, porque nuestra vida es una procesión hacia la muerte-vida, que hay que saber llevar con gracia y con fiesta, con música y con flores, como se sabe hacer aquí abajo.

Contempló un año más al Cristo y al mar unidos en un enigmático abrazo, como decía el poeta José Bergamín: «No te entiendo, Señor, cuando te miro / frente al mar, ante el mar crucificado / Solos el mar y tú. Tú en cruz anclado, / dando a la mar el último suspiro». Ramón si intuía esta unión, de la muerte y la vida. Sabía mirar en aquel cuerpo torturado los dos brazos del Padre, que como un Mar, recibían al Hijo. Sabía adivinar, porque lo había aprendido desde chico en la gran catequesis popular de la Semana Santa gaditana que las lágrimas de María, la Virgen, saben a sal como las olas tranquilas que besan la playa. Sentía eso y mucho más. Lo que no podía imaginar es que pocas horas más tarde, a las nueve y treinta de ese 13 de abril, poco después de subir la cuesta de Fray Félix, su cofradía del Santísimo Cristo del Perdón y María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos, en pleno Viernes Santo, y ante el umbral mismo de esta parroquia de Santa Cruz, caería sin vida, víctima de un infarto. Aquel fue un verdadero Viernes Santo para sus hermanos cofrades. La vela prolongó el luto litúrgico. Y aquel fue también un auténtico Sábado Santo, con Santo entierro, cuando los mismos cargadores que condujeron al Cristo llevaron sobre sus hombros a otro cristo de cerca, a su querido hermano Ramón.

Contemplemos en el mar este misterio de amor y muerte:

*Al cantar, las olas hablan  
con larga estrofa de tiempo  
en el faro y mi Caleta  
de alegres y tristes sueños  
que a bordo de alguna nave  
dejaron a Cádiz lejos.*

*Son voces de pescadores  
que faenan mar adentro  
por arrancarle la vida  
al corazón del océano.*

*Muerte y vida se besaron  
en aquel blanco velero.*

*Al tocar la piedra rubia  
de este enclave marinero  
los fenicios, comerciantes,  
se quedaron prisioneros  
de la azul gracia de Cádiz,  
de la risa de un geranio  
y ese sol que va chillando  
a la sal por los esteros.*

*Luz y noche se encontraron  
al ponerse el sol postrero.*

*¿Cuántos se fueron flotando  
por ese horizonte incierto?  
¿Cuántos robó el mar a Cádiz,  
que, embarcados, con deseos  
de palpar esas leyendas  
soñadas entre sus dedos,  
se marcharon navegando  
y nunca jamás volvieron.*

*Dicen los lobos de mar  
que no hay peor traicionero.*

*El mar llama cada noche  
y embruja a los marineros.*

*Tanto respetan las olas  
los gaditanos sinceros  
que siempre miran al mar  
por sí de tanto mirarlo  
dejara de darles miedo.*

*Que una vez un maremoto  
por poco borra del mapa  
este pedazo de cielo.*

*Que Cádiz es una novia  
comida del mar a besos.*

*El sol y la cal la miran;  
por ella mueren de celos.*

*Hasta que una madrugada  
cuando se masca el silencio  
y las jarcias se confunden  
con la cruz del nazareno;  
mientras la luna le canta  
saetas que lleva el viento  
y en el rostro de Jesús  
se mira como en su espejo,  
entonces el mar es niño  
que reza a Cristo muy quedo.*

*Entonces Dios se ha vestido  
de brisa para mecerlo.*

*No tengáis miedo a la mar  
dice cara al firmamento  
con un hálito en sus labios  
y la injusticia en su cuerpo,  
que yo sé bogar a solas  
y llevaros a buen puerto.*

*No tengáis miedo a la muerte  
que como el mar, infinita,  
abrazo a Cádiz entero  
abrirá el Padre sus brazos.  
Soy su Hijo, Lo prometo.*

*El mar acuna en su cuna  
a Jesús, el Hombre Nuevo.*

*Y para que no os olvidéis  
este perdón que os ofrezco,  
acordaos del buen Ramón  
mi cofrade y compañero,  
que, después de ir a mi lado  
un Viernes Santo, en el duelo  
de este calvario hecho vida  
decidió entrar en mi pecho  
y al recogerme en la iglesia,  
allí mismo cayó muerto.*

*Que el Mar infinito, hermanos,  
son estos brazos abiertos.*

## RESUCITAR CADA DIA.

Hemos llegado ya a estos últimos seis años en los que la junta de gobierno decidió, con motivo del cincuentenario que celebramos renovar totalmente sus imágenes que no eran de gran valor artístico. En 1980 se bendice la nueva imagen de María, obra del escultor sevillano Francisco Buiza Fernández, de fina belleza, al estilo de la escuela andaluza. El año siguiente, en un acto al que por encontrarme en Cádiz casualmente tuve la fortuna de asistir, nuestro actual pastor de la diócesis, Don Antonio Dorado, bendijo la nueva imagen del Cristo del Perdón, debida al famoso imaginero gaditano Luis Ortega Bru, que recuerdo como se emocionó con sencillez en aquel acto. En fin, luego se dan nuevos pasos para el embellecimiento y mejoras de esta cofradía hasta el año pasado que se incorpora la imagen de María Magdalena, que esculpe el también gaditano Alfonso Berraquero García, y que en la actualidad se ocupa de moldear también los dos ladrones, que completarán el misterio en la salida procesional de este año. Ojalá le salgan bien los ladrones; porque si no, tal como está la seguridad ciudadana, con echar mano a un par de ellos en cualquier calle de barrio se podría salir del paso; al menos mientras se tranquilizan las cosas.

Se trata del último tramo histórico más brillante de la historia del Cristo del Perdón y de su Madre del Rosario en sus Misterios Dolorosos, igual que el último trecho de su espléndido recorrido procesional. Después de abrazar al mar en el Campo del Sur, le hemos seguido por la bajada del Arquitecto Acero, mientras el palio de la Virgen se estremece con el balanceo de los cargadores que la acunan con gracia, al compás de la música, como a una niña gaditana. La hemos visto desembocar desde la calle de Santiago en la plaza de Candelaria, hermosa salida e imprescindible por necesidades de la carrera oficial, y dar la vuelta al centro de Cádiz hasta la luminosa estación en los albores de la mañana, en la iglesia Catedral.

Al llegar a este punto quiero evocar aquí a mi último testigo de este pregón de cincuentenario. Nos contó su historia la llama del cirio. Nos dijeron sus secretos el cargador y la mar. Nos ha hablado en todo momento el propio Cristo, quien, como en unas actualizadas siete palabras clama gritando sed de justicia y amor; pide hoy la reconciliación de los hermanos; que siguen alimentando viejas contiendas en su corazón; perdona al ladrón que llevamos dentro; y entrega su espíritu al Padre para enseñarnos a morir. Ahora quiero traer aquí ante vuestros ojos a un testigo singular, el único que comprende en plenitud este momento, porque desde que Él era pequeñito ha «conservado todas estas cosas en su corazón». Llamo nada más y nada menos que a María, Madre de Dios y Madre nuestra.

En la verdadera pasión, amigos, Ella no iba bajo palio, cuajada de flores y arrebatada por los resplandores de plata y cera. Entonces Ella se asomaba a la vuelta de una esquina envuelta en su manto negro como cualquier mujer gaditana, menudita y ardiente que tiene que hacer encajes de bolillos para dar de comer todos los días a sus hijos, como me contaba mi padre, que hace sólo unos meses está gozando la gloria de Dios, hacía su madre con el sueldo de mi abuelo, un trabajador de la mar. Pero ella no sólo lo vio pasar con la cruz a cuestas. Ella penetró hasta el

fondo de su dolor y supo creer en Él consecuentemente haciendo su mismo camino y compartiendo sus últimos momentos a pie firme junto a la cruz. Algo así ha intuido el pueblo de Cádiz cuando, en un esfuerzo final y ya a la luz del primer sol, después de siete horas de procesión por las calles, acompañada de un gentío inmenso que ha participado toda la noche de esta expresión popular de fe, los cargadores echan el resto. El paso del Cristo del Perdón espera la llegada del paso de la Virgen y suben los dos a un tiempo hasta la puerta del templo, en medio del estallido de vítores y aplausos. Porque María vivió desde su corazón destrozado la misma aventura liberadora de Jesús y entró con Él anticipadamente en la victoria de la resurrección. ¿Veis una vez más cómo el Evangelio está escrito de forma popular, incluso con algunas profundas intuiciones teológicas, en el corazón sencillo del pueblo?.

Es sin duda María, la Virgen, la que ha hecho crecer estos últimos años su cofradía en un nuevo despertar de florecimiento juvenil. La junta de gobierno, que rige actualmente los destinos de la hermandad, está compuesta de 20 miembros en una simbiosis de juventud y madurez; ya que, excepto siete componentes que pasan de los cuarenta años, el resto oscila entre los veinticinco y treinta y cinco, caracterizándose todos ellos por su buen ánimo y voluntad de trabajo. Pero, muy en particular, por una faceta básica, que no siempre abunda en los ambientes cofradieros: espíritu de fe y compromiso cristiano.

Porque, como han recordado los obispos andaluces en un reciente y lúcido documento, la Semana Santa y en general las muestras de religiosidad popular no se pueden quedar en puro folklorismo o festejo coyuntural, sino que debe reflejar algo que se vive cada día. Pues no son pocos, y con razón, los sacerdotes que se quejan de que las procesiones no pasan de ser en sus parroquias una explosión de unos días y no siempre, un modo de vivir a lo largo de todo el año el compromiso cristiano auténticamente inserto en la pastoral parroquial y diocesana.

Pues lo mismo que soy un entusiasta -y creo que he dado pruebas de ello- de la Semana Santa gaditana, tengo que confesaros, paisanos y amigos que se me ha caído la cara de vergüenza al comprobar que según los datos arrojados por la última encuesta realizada por la Oficina de Estadística y Sociología de la iglesia, Cádiz es la provincia de España que arroja el menor porcentaje de asistencia a misa de todo el país; sólo un 15 por 100. Y no es que yo crea que la asistencia a la celebración eucarística sea el único termómetro de nuestra fe. Pero no deja de resultar sospechosa que esto se dé en un pueblo que se echa masivamente a la calle para vibrar con sus Cristos y sus Vírgenes en las procesiones de Semana Santa.

Y no digo todo esto, después de tantos elogios, para desanimaros, sino porque creo en la fe, un poco dormida y perezosa de mi gente, porque sé que esta cofradía, entre otras, puede contribuir a convertir la religiosidad popular en un acicate para crear comunidades vivas que se entreguen de lleno no sólo a llevar a Jesús, con un lujo de arte y emoción por sus calles, sino a transformarse ellos a imagen de Cristo, en trozos vivos suyos, en un Evangelio que puedan leer sus hermanos al mirarlos todos los días. ¡Es el gran reto que presenta hoy la Iglesia a la Semana Santa gaditana! ¡Es la ferviente oración que hoy quiero hacer yo a las plantas de nuestra patrona la Virgen del Rosario!

Porque, hermanos, por algo la cofradía del Perdón tiene como titular también a la Virgen precisamente del Rosario en sus Misterios Dolorosos. La misma advocación, que llevaban los galeones, que zarparon del puerto de Cádiz, como timonel y guía, sobre sus naves aventureras hasta América, hace casi cinco siglos. La misma que acompaña hoy a todos los que se adentran a navegar sin miedo en esta alta mar de la vida, dentro de una época llena de tensiones internacionales y graves problemas que nos inquietan a todos tanto en España como en la autonomía andaluza. Ella nos hace desgranar con esperanza nuestros propios misterios dolorosos atravesados por la luz «un rosario de gotas divinas, como decía Pemán, enhebrados en un rayo de sol».

Mientras nuestra Virgen del Rosario va subida a hombro descarnado de nuestros cargadores a la vera de su Hijo para entrar en este templo de Santa Cruz, a la primera luz del día, como en la gloria, después de la pasión vivida en su carrera de amor por las calles de Cádiz, yo quiero terminar este pregón dedicándole con vosotros, en señal de gratitud, esta plegaria nacida de las mismas entretelas del corazón.

*Para mirarte, Señora,  
desde la noche amanece  
con el temblor de una rosa  
esta tierra encandecida,  
este pueblo que deshoja  
sus luces pétalo a pétalo  
para vivir tu Pasión.*

*Él ha seguido el sendero  
a tu lado hasta el Calvario,  
y, con lágrimas, el rezo  
de un rosario dolorido  
copiado en tus ojos bellos;*

*Él ha vivido el pavor  
en la orfandad de tus dedos  
cuando el cuerpo de Jesús  
sobre tus piernas dejaron  
con un olor a violetas  
y una palidez de nardo,  
que te evocaba Belén.*

*Recordaste que reías  
y Él iniciaba su llanto.*

*Ahora lloras tú. María,  
mientras naces al abrazo  
de una muerte que es amor.*

*Mira a Cádiz, Virgen mía,  
cómo te lleva despacio  
caminito de la luz,  
cómo reza tu rosario  
no con cuentas de cristal  
sino en volandas de fe  
para demostrar llorando  
que el amor no es cosa fácil,  
que reír cuesta trabajo  
y que un cristiano no acaba  
después del Sábado Santo,  
sino en el duro bregar  
por la vida, en cada paso  
para hacer más libre al hombre  
de la injusticia y del paro:*

*con el alma a la intemperie  
de este mar azul amargo,  
que te grita cada día  
desde el muelle, junto al faro,  
en el parque, por las plazas,  
desde el Puerto a San Fernando,  
que eres tú su capitana,  
la Bahía navegando,  
llena de sol y de espuma,  
galeona de este barco  
que se viste de tus olas  
y se cubre con tu manto  
tejido de cal y azul  
y de luceros bordados.*

*Novia de los marineros.  
Del mar, Estrella y encanto,  
Esperanza de los pobres,  
Gaditana de lo alto,  
Salinera de los ángeles  
y seducción de los santos,*

*que cantan por alegrías  
porque el cielo conquistaron.  
Entra ya, Virgen María  
en la gloria de tu casa  
junto a Jesús, nuestro hermano.*

*Las sirenas suenan roncadas  
por tu lindo desembarco.*

*Lleva en vuelo Gaviota,  
vela y trinquete en el palo,  
de una cruz sufrida a cuestras,  
a todo este pueblo blanco.*

*Que ya todo se estremece  
en la emoción de tu salto.*

*Desde el agua, de la playa  
hasta el copo del pescado  
tienen ya nombre benditos,  
todo se ha vuelto sagrado.*

*Que entero Cádiz refulge  
con Cristo resucitado,  
y no hay nada más alegre  
que unos ojos gaditanos  
al ver a Jesús triunfar  
y entrar al cielo a tu brazo.*

*Todo ha cambiado de nombre  
al producirse el milagro.*

*Las rosas han florecido  
y el hombre reconciliado,  
porque Él se llama Perdón  
y Tú te llamas Rosario.*

**Cádiz, Parroquia de Santa Cruz  
10 de Marzo de 1985**



# CAJA DE AHORROS DE CADIZ

*impulsando lo gaditano,  
impulsamos nuestro futuro*